

La construcción de la historia contemporánea como ciencia social: conversación con Julio Aróstegui

Abdón Mateos: En alguna ocasión te he oído autodefinirte como un historiador perteneciente a una generación de *hijos de la guerra*.

Julio Aróstegui: Me considero dentro de la generación de Felipe González, por ejemplo, de la generación que hizo la transición. Por supuesto, no tengo ningún recuerdo directo de la guerra, puesto que nací después de su conclusión. En mi familia, fue combatiente en ella mi hermano mayor con las huestes de Franco. Mi padre, sufrió directamente, con la familia las consecuencias de la guerra misma. Soy el undécimo en una familia de once hermanos, y entre el mayor y yo hubo más de veinte años de diferencia de edad. Nací en una familia de derechas. Me contaron que mi hermano mayor perteneció a la Falange desde los diecisiete años. Inútil es señalar lo que ocurrió después en la posguerra con su vocación: fue otro de los muchos decepcionados con la trayectoria del nuevo régimen.. Durante la guerra en Granada la familia sufrió vicisitudes duras. Mi padre era de la CEDA y tenía una casa en un pueblo cerca de la capital que quemaron “los rojos” al producirse la sublevación, como se decía en casa. Recuerdo que mi madre cuando en la casa había algún desorden de algún tipo exclamaba: “¡Esto es la república!”. De todas maneras, mi familia constituía una de las muchas cuyos miembros estuvieron siempre al margen de la política activa.

Mis primeros recuerdos de la niñez no son anteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, es decir, de cuando aprendí a leer. La primera fecha que me viene a la mente fue un día en el colegio en 1946. Más adelante, hice el Bachillerato en Granada. Al comenzar los años sesenta llegué a Madrid y viví como colegial en el Colegio Mayor Lebrija, de la Universidad Complutense, donde acabé los estudios universitarios después de cursar los tres primeros años de la carrera de Filosofía y Letras en la Facultad de Filosofía y Letras de Granada. Elegí la especialidad de Historia. Siento que el grupo de historiadores al que pertenezco generacionalmente, los nacidos entre la guerra civil y los años cincuenta, tenemos en común el hecho de haber vivido dos mundos: antes y después de Franco.

AM: ¿Cómo surge tu vocación de historiador?

JA: Yo hice el preuniversitario de ciencias y el selectivo de lo mismo en la Universidad de Granada. Aprobé la mayor parte del selectivo, no todo, y decidí no continuar. Creo que fue sobre todo el ambiente de la Facultad de Ciencias de Granada lo que me hizo no continuar y acabó con mi vocación científica. Tuve que hacer de nuevo el PREU de Letras y aprender latín y griego con Don Santiago, un sacerdote admirable, en su magnífica casa del Albaicín.

AM: Entonces ¿fue una decisión pragmática lo que te hizo estudiar Historia o influyó alguna preocupación por el pasado, lecturas...?

JA: Sí, pasé a hacer Letras. Había que elegir entre Filología e Historia después de los años de comunes. La Filología me interesaba poco, por lo que entonces preferí cursar Historia. Hay que tener en cuenta que por aquel entonces, el abanico de posibilidades no era muy amplio. Al principio estuve muy interesado por la Arqueología porque tuve como profesor a Antonio García y Bellido. Sin embargo, la politización de los años sesenta me terminó inclinando por la Historia Contemporánea. Las primeras lecturas que hice de Marx fueron por esos años y, del mismo modo, leí los libros sobre la guerra civil de Hugh Thomas y Gabriel Jackson. Ahora, me parece que como historiador resulto un poco atípico, pues, quizá por haber hecho el bachillerato de Ciencias, siempre me han interesado todo de las ciencias sociales. Las Ciencias Políticas o la Sociología me han interesado tanto como la Historia.

AM: Aunque te consideras un historiador sin maestros directos, supongo que algunos de los profesores de la Complutense te influyeron...

JA: Yo recuerdo sobre todo las clases de Santiago Montero y de José María Jover, que era el catedrático de Historia Contemporánea Universal, a cuyas clases fui de vez en cuando sin ser alumno suyo. El catedrático de Historia Contemporánea de España era Vicente Palacio Atard y procedía también de Historia Moderna. Empecé a trabajar sobre la guerra civil. En esos momentos Ricardo de la Cierva se puso al frente del Centro de Estudios sobre la Guerra Civil, en el ministerio de Información y Turismo regentado por Fraga. El Archivo de Salamanca tiene una historia que no vamos a repetir aquí. Se entraba, primero, con autorizaciones concretas. Tardó tiempo en convertirse en Archivo Histórico Nacional, Sección Guerra Civil. No era, por tanto, que hubiera un problema de fuentes, pues se conseguían autorizaciones para entrar en el Archivo. Además, se conseguían los libros prohibidos de tapadillo o viajando a Hendaya.

El régimen franquista, con la apertura de Fraga, quiso revisar la lectura de la guerra como cruzada e impulsar su estudio. Desde luego, la guerra civil no era todavía tema de tesis doctoral pero sí de tesinas, que eran obligatorias. Realicé como memoria de licenciatura una historia del socialismo español desde los orígenes con Pablo Iglesias hasta los años treinta. Palacio Atard defendía, pese a su conservadurismo, que había que emprender el abordaje historiográfico de la guerra civil. A pesar de lo que dijo Southworth, los *Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España*, en los que muchos colaboramos, eran un trabajo serio. Claro que, visto con perspectiva temporal, aquello tenía sus límites; no se abordaba el tema de la represión pero sí la intervención extranjera, el papel del PSOE...

Creo que mis vivencias son las de un historiador sin maestros, de una

cierta soledad, quizá porque el tiempo de los maestros ya había pasado. Pero esa sensación de orfandad no sé hasta qué punto es compartida por la totalidad de mi generación.

AM: En 1967 ganaste una cátedra de instituto y en Vitoria realizaste la tesis doctoral, que era una historia de los combatientes carlistas en la guerra de 1872.

JA: Allí había un archivero que me proporcionó la documentación administrativa de la Diputación Foral de Álava. Uno de los capítulos de mi tesis se llamaba “Sociología del carlismo alavés”, pero, en realidad, se trataba de un análisis, digamos, sociográfico, de los combatientes carlistas. Entonces, descubrí que la mayoría de los voluntarios carlistas residían en medios urbanos y eran empleados o artesanos. No era un movimiento campesino, como se vio en las elecciones del periodo, en las que los carlistas obtuvieron sus mejores resultados en las ciudades del País Vasco y Navarra. Más adelante realicé un estudio de la composición social del requeté durante la guerra civil de 1936. La investigación en el Archivo General de Navarra me la subvencionaron personas adscritas al Tradicionalismo, de las que tengo un excelente recuerdo.

En los años setenta me trasladé al Instituto de Enseñanza Media Fray Luís de León, de Salamanca, e impartí en la Universidad una asignatura de Teoría de la Historia. Yo tenía una preocupación por la teoría social que intenté trasladar al cuerpo docente de la Universidad y a los estudiantes. En esos años “prodigiosos”, me vinculé a la Junta Democrática como independiente y a las Comisiones Obreras de la enseñanza, en este caso durante muy breve tiempo. Tuve mucho contacto con gente del PCE como “compañero de viaje”, y en esos años setenta tuve ocasión de conocer a Santiago Carrillo y Manuel Azcárate, entre otros. Tuve mucha amistad con José Luis Martín, catedrático entonces de la Universidad de Salamanca, que intentó impulsar un partido regionalista de izquierdas.

AM: ¿Cómo fue tu conexión con los historiadores franceses?. En algún sitio te he leído que la historia del presente tiene un anclaje con la tercera generación de *Annales*. Esta afirmación supongo que la conectas con tu preocupación por que la historiografía del tiempo presente no se limite a la esfera de lo político.

JA: En el plano profesional mis conexiones estaban mucho más en Madrid que en Salamanca, aunque María Dolores Gómez Molleda trajo a mucha gente como Pierre Nora, François Furet o Pierre Vilar, y allí establecí mis primeras conexiones con colegas franceses. En 1984, siendo Francisco Bustelo rector en Madrid, celebramos el Primer Coloquio de Historia Contemporánea en España, trasladándolo desde su sede de Pau, con Manuel Tuñón de Lara. Tuñón me hizo el prólogo al libro sobre la Junta de Defensa de Madrid, que realicé en colaboración con Jesús Martínez. Creo que Pierre Nora, alejado desde siempre del marxismo y distanciado, por aquel entonces,

de *Annales*, fue uno de mis primeros contactos. Al introducir el concepto de *lugares de la memoria*, Nora se acercaba también a la historia muy contemporánea. Luego, a través de los coloquios de Tuñón de Lara y de la Casa de Velázquez, trabé amistad con hispanistas de la calidad humana de Carlos Serrano, Michel Ralle, Jacques Maurice, etc.

AM: Se puede decir que fuiste uno de los principales impulsores de la conmemoración historiográfica del cincuentenario de la guerra civil. De hecho, impulsaste en 1986 la creación de la Sociedad de Estudios de la Guerra Civil y el Franquismo (SEGUEF), de la que fuiste presidente.

JA: En 1985 las editoriales querían tener alguna novedad editorial sobre la guerra civil. Entonces Paco Gracia, de la editorial Labor, que era muy amigo de Manolo Tuñón de Lara, alentó el proyecto de realizar un libro colectivo sobre la contienda. En esa misma línea impulsamos el proyecto del Congreso Internacional *Historia y Memoria de la guerra civil* en Salamanca con el apoyo de la Junta de Castilla y León, presidida por el socialista Demetrio Madrid. Fue un proyecto muy ambicioso, pues incluía la creación, a partir del otoño de 1985, de varios equipos de investigación sobre la represión, los lugares de la memoria o las milicias. Del Congreso surgió la iniciativa de la SEGUEF con, entre otros, Ángel Viñas, Albert Balcells, Alberto Reig Tapia, y la creación de la revista *Perspectiva Contemporánea. España siglo XX*, de la que desgraciadamente solamente pudimos sacar un número. Una empresa como ésta, sin anclaje institucional, basada en puro voluntarismo, vimos que era inviable, si queríamos hacer cosas serias, en un país como el nuestro.

AM: ¿Qué piensas del actual revisionismo sobre la guerra civil y el franquismo?. ¿Crees que se va a producir una verdadera actualización historiográfica sobre los años de la guerra con ocasión de la conmemoración del septuagésimo aniversario?.

JA: Los años ochenta fueron un tiempo de una verdadera renovación historiográfica en España, abordándose de manera seria el periodo de la guerra civil. Ya en esos momentos aparecieron las primeras monografías sobre temas delicados, como el de la represión, aunque todavía marcadas por la obsesión cuantitativista y por las opciones “reconciliadoras”. El talante de esos años fue el de la reconciliación, evitando caer en subproductos editoriales, como muchos de los actuales, llenos de juicios de valor y sin aportaciones novedosas. En cuanto al revisionismo actual me parece sencillamente deleznable y completamente carente de investigación nueva. No puede pensarse que el septuagésimo de la guerra vaya a acabar con la polémica, pero estoy seguro de que van a ir apareciendo nuevas publicaciones que dejarán aún más claro quiénes son los que verdaderamente contribuyen al mejor conocimiento de aquel hecho fundamental en la historia española.

AM: Una de tus principales preocupaciones profesionales ha sido la de

cambiar la historiografía contemporaneísta, construyéndola como ciencia social y no mera disciplina de las humanidades. ¿No crees que existe el peligro de que los campos de la historia, insertos en ese diálogo con disciplinas como la antropología, la sociología o la economía, terminen fragmentando en exceso el conocimiento histórico?. ¿No crees que la Historia del Presente debe reivindicar también el diálogo entre los campos de la historiografía, entre las diversas historias sectoriales?.

JA: Yo soy un historiador atípico, pues no tengo una vocación historiográfica exclusivista. No me basta el trabajo con las fuentes primarias, o los archivos. Eso de que un historiador no conozca a Hayden White, Weber (por no decir Marx!!), Ricoeur o Lévi-Strauss, por poner simples ejemplos, o no sepa nada de Sociología o de Antropología, no me parece correcto. Creo que al historiador le falta oficio, le faltan herramientas teóricas. En cuanto a la fragmentación de la disciplina es un hecho real, pero dudo que se deba al contacto con otras ciencias sociales. Creo que con la Historia del Presente se podría crear otra figura de historiador, un profesional con mayor preparación general en ciencias sociales y mejores instrumentos de trabajo. No me parece suficiente que se implantaran desde 1992, por inspiración de Miguel Artola, asignaturas denominadas “Historia de Mundo Actual” o “España actual”, con cortes cronológicos convencionales en momentos de ruptura como fueron la guerra mundial y la guerra civil española. La Historia del Presente es algo distinto de eso.

AM: En algunas ocasiones te he leído que la España del presente debe arrancar de la transición a la democracia más que de la guerra civil. ¿No crees que lo ocurrido durante estos últimos años en España demuestra que la guerra civil forma parte de la conciencia histórica de los españoles, que todavía es una parte decisiva de nuestra identidad?.

JA: Ahí he de reconocer que mi punto de vista ha cambiado tras lo ocurrido en España desde 1996 y, sobre todo, en esta nueva década. Resulta que al presente histórico interesa mucho el juicio que se han las gentes de su propio pasado. Pero esto no es nuevo: la “historia vivida” tiene que reconocerse en todo aquello del pasado que impregna la cultura que si vive. Hay un debate político y un uso público de ese pasado, y los historiadores debemos reivindicar un papel mayor en ese campo cultural.

AM: En tu libro *La historia vivida* apuntas a la caída del Muro como verdadero parteaguas de nuestro tiempo, de la historia del presente ¿no crees que esto resulta contradictorio con la idea de que la memoria o conciencia histórica es la que define la matriz del tiempo presente?.

JA: Para mí la matriz de nuestro tiempo histórico, el comienzo de la verdadera “Historia del mundo actual” no se encuentra ya en las condiciones del mundo de la posguerra mundial. Lo ocurrido a partir de los enormes

sucesos en torno a 1989 es un hito decisivo, es una especie de frontera entre la historia y el tiempo presente. Ya sé que muchos podrían encontrar en el terrorismo islamista el verdadero partaguas entre dos historias diferentes. En el caso de España, lo que está ocurriendo es que hay también un revisionismo de la transición, la aparición de una nueva generación de historiadores, unido a una utilización mediática de ese pasado más inconfesable por parte de ciertos grupos políticos. Creo que ese revisionismo es anacrónico y también fruto del desconocimiento de lo que ocurrió en realidad en esos años.

AM: Una de tus últimas empresas colectivas es el desempeño de la Cátedra “Memoria histórica del siglo XX”. Además del diálogo entre la Universidad y los movimientos sociales en pro de la “recuperación de la memoria”, ¿cuáles son los propósitos y perspectivas de esta iniciativa?

JA: Se trata de un “filo de la navaja”, porque al mismo tiempo que estoy de acuerdo con la idea de que durante la transición se silenciaron determinados aspectos del pasado como la represión, creo que existe también el peligro de perder la perspectiva. Hay actitudes demagógicas que concluyen diciendo que todo lo que hizo mi generación durante la transición estuvo mal. La utilización de términos como ‘genocidio’ o ‘exterminio’ para hablar de la represión franquista me parece totalmente desenfocada. Esa revisión del pasado que quiere hacer el PSOE, que defiende que se otorgue una compensación a las víctimas del franquismo, creo que puede quedarse en mera declaración de intenciones debido a la complejidad de la cuestión.

AM: En este sentido, ¿qué opinas del proyectado Centro de la Memoria Compartida para el Archivo de la Guerra Civil de Salamanca?

JA: Todo aquello que sirva para dignificar la labor de los historiadores contemporaneístas, bienvenido sea. Que se empleen más medios para la investigación y se constituya un centro de documentación que centralice la información es una buena noticia. Ahora, todo dependerá de lo que ocurra con el proyecto de Ley. Además, ahora parece que el gobierno quiere crear un Museo Nacional de Arte Contemporáneo en Salamanca, lo que no sé que consecuencias tendrá para el proyectado Centro de la Memoria. Es una vergüenza que no exista un instituto público de investigación especializado en la historia española desde la guerra civil.

AM: Creo que tu aportación teórica a la historiografía se podría resumir como una tentativa de cambiar el modo de hacer historia, vinculándola más con las ciencias sociales, y un intento de construir sistemáticamente una historia global del nuestro presente.

JA: Te agradezco esa generosa valoración. Sí, pertenezco a una época entre dos mundos en la que hemos intentado cambiar las cosas, con mayor o menor fortuna, en todos los planos, incluido el profesional.